

tos vertidos, y á los cuales se podía presentar la verdad sin ambages.

La primera ley que se impone al historiador, dice Cicerón,<sup>1</sup> es guardarse de estampar una falsedad; *quis nescit primam esse historicæ legem, ne quid falsi dicere audeat?* La segunda es no tener miedo por motivo alguno de decir la verdad, y toda la verdad; *deinde ne quid veri non audeat?* La tercera es evitar toda sospecha de parcialidad, ó de espíritu de partido; *ne qua suspicio gratiæ sit in scribendo, ne qua simultatis?* Todos estos preceptos cumplió al pie de la letra el historiador español; y yendo aun más allá de lo que soñara el orador romano, tuvo el valor de corregir los errores en que al principio incurriera y de confesar haber errado; y el patriotismo de escoger un asunto escabroso, pero que era preciso tratar para la salvación de la patria.

“No eran tan propensos nuestros antepasados (nos dice) ni la generalidad de los hombres lo son, á contar sus desdichas nacionales, cuanto sus glorias.” Se necesitaba, en efecto, gran dosis de atrevimiento, para tocar un asunto como la pérdida de Portugal, y el principio de la decadencia de España, y Cánovas no temió tratarlo, y siguió profundizándolo, y esclareciendo un punto tan obscuro, sin disimular nada á sus lectores aun á riesgo de lastimar los más delicados intereses.

“Poco debieron sospechar (dice al empezar sus *Reflexiones sobre la separación de Portugal*) los primeros liberales nuestros antecesores que ellos, que no se cansaban de censurar desdichas antiguas, como la segregación de Portugal y otras, perderían igualmente y en poquí-

<sup>1</sup> *De Oratore*, lib. II.

simos años, territorios mucho más vastos.” No es fácil saber si cuando primero se publicó este libro produjeron tales observaciones la misma impresión que en los que ahora las leemos. La crítica que hace de la inoportuna política de conciliación de Felipe II en Portugal y en Flandes, de la debilidad de aquel monarca en no sofocar desde un principio la rebelión protestante en los Países Bajos, de su poca prudencia en retirar de aquellas apartadas provincias las tropas españolas, y en dejar abandonadas débiles guarniciones; las simpatías que parece le inspira más tarde el ministro de Felipe IV, juzgado *omnipotente* por la generalidad de los historiadores, y que en realidad tenía atadas las manos en su lucha desgraciada por la unidad nacional, se pueden aplicar de tal manera á la situación de España en los últimos meses y á la que guardaba el ministro de la augusta madre de Alfonso XIII, que si no supiéramos que el libro vió la luz mucho antes de los recientes sucesos, nos veríamos tentados á creer que no es historia, sino retrato vivo de la época actual. Pero apoyándose sus aserciones en documentos fehacientes, nadie puede ver en ellas alusiones á personajes, ó partidos, de los tiempos que corren; antes bien nos vemos obligados á admirar la sagacidad del hombre de Estado al tomar la pluma de historiador, y su previsión que raya en espíritu profético. “Aconteció en Flandes lo que en todas partes acontece, que la debilidad del mando obliga tarde ó temprano á los gobiernos á exagerar sus rigores, y luego á sustentar dudosas luchas, si no prefieren entregarse á merced de sus adversarios, que es lo que hizo á la postre España en Portugal.” El que hace nueve años reimprimó

mía estas líneas, trazadas hacia veinte ó cuarenta, ¿sabía ya, ó preveía que á él iba á tocar la herencia de ajenas debilidades, que como el Conde-Duque de Olivares tendría que luchar, al parecer con un puñado de descontentos, en realidad con una gran potencia extranjera, y que los rigores de Monjuich serían fatales á su persona como lo fueron al favorito de Felipe IV y entonces también por desgracia, á toda la monarquía?

¡Y no era Cánovas inclinado al rigor! Por el contrario, pocos caracteres podrán encontrarse más flexibles y conciliadores; y este espíritu debía infundirlo á todo su partido, á toda la nación. No necesitamos para convencernos de ello recurrir á ajenos documentos. Él en sus discursos nos ha dejado consignados sus íntimos sentimientos, y basta con tomar uno al acaso para leer en el fondo de su alma generosa. En el que trata de *El juicio por Jurados y el partido liberal conservador*, asegura, y esto delante de inmenso concurso, que “ninguno como este partido tiene dadas tantas pruebas de moderación y espíritu conciliador, desde la Restauración cuando menos.” Lo que enuncia en el exordio, lo desenvuelve y explica con galanas frases y lógica irresistible, y lo comprueba más que todo con los hechos. Después de largas páginas llenas de erudición y sólidos argumentos contra la práctica del jurado en España, concluye que “por su voto al menos, no habría dejado su partido de transigir hasta con el juicio por jurados.” Afirma que uno de sus deseos más caros ha sido entenderse con sus adversarios, en todo lo referente á la organización de tribunales; y termina admitiendo lo que tanto ha combatido, y limitándose á “apetecer que no nos dé razón

á los conservadores la experiencia y que la Providencia Divina, ya que la ciencia no puede ser, ilumine mejor que á los demás á los jurados de nuestra patria.”

¿Puede pedirse mayor lenidad, más dulzura, mayor espíritu de conciliación? Y notad, Señores, que estas transacciones no eran puramente platónicas. Era Cánovas un hombre que, llegado al poder, sostenía con los hechos las doctrinas que cuando no estaba en el gobierno predicaba, y que jamás se mostró severo, sino cuando lo exigió la salvación de la patria.

Donde aparece, quizá más que en ninguno de sus libros, filósofo profundo, jurisconsulto consumado, cristiano caritativo y católico convencido, es en su discurso sobre la *Cuestión obrera* y en los dos que le sirven de complemento sobre la *Conferencia de Berlín* y las *Últimas consideraciones* que ésta sugiere. Aunque ecléctico en todo, como él mismo se gloria, y aunque liba en todas las flores para la composición de estas arengas, manifiesta un criterio tan radicalmente católico, que si no supiéramos que la primera fué pronunciada antes que saliera á luz la famosa Encíclica de León XIII, *de conditione opificum*, creeríamos que el orador español se había inspirado en la lucubración del gran Pontífice. Conoce á fondo la caridad cristiana, pero declara que esto no basta para resolver la cuestión. Comprende la importancia de la acción de la Iglesia; pero expone que ella no tiene actualmente todo el poder que se requiere para llevar á cabo las reformas que la situación exige, sin la ayuda del Estado; y en la necesidad de esta cooperación insiste una vez y otra con vehemencia. No quisiera cansaros con citas; pero no puedo resistir al deseo

de repetir al pie de la letra algunas de sus sentencias, dignas en alto grado de esta cátedra santa.

“La revolución francesa mucho más anti-clerical que liberal, como cierto día confesó Gambetta á un amigo mío, por toda Europa inspiró en mal hora un espíritu de destrucción, que hoy debiéramos llorar, de las innumerables instituciones cristianas destinadas á contribuir en la práctica al preciso y recíproco auxilio de unas y otras clases de la sociedad, acortando las distancias entre patronos y proletarios, propietarios y colonos, ricos y pobres, por medio de la caridad santa. Juntóse á la obra de perdición de disminuir la creencia en la inmortalidad y la divina y eterna justicia, eso otro de echar por tierra las instituciones cristianas, pretendiendo sustituir ambas cosas con una definición falsa de los derechos del hombre, hoy condenada por todos los liberales que son antes pensadores que sectarios. Y de ello —¿quién lo ignora?— ha nacido la presente anarquía moral, madre del anarquismo práctico.”

¡Detente, ilustre orador! ¿Estás pensando acaso en que tú propio vas á ser víctima de este anarquismo, cuando después de señalar el peligro, das el grito de alarma? No te quiso escuchar España, no te oye Europa, no han seguido tus consejos las Américas, y la sangre ha corrido y seguirá corriendo con la tuya. Ojalá que atiendan á otras admoniciones que oportunamente les dirigiste, y que aún es tiempo de seguir. Tened la benevolencia de escucharlas.

“La Iglesia y la gente cristiana, bien que brutalmente rechazadas por muchos de una tarea que tanto necesita del concurso unánime, algo repuesta ya de sus pasadas

y cruentas persecuciones, va todavía á la vanguardia de los que tan necesaria empresa acometen, dando á la sociedad civil, en todos sus órdenes, y al Estado mismo, el ejemplo. Repasad lo que hacen las señoras aristocráticas y casi todas las acomodadas, por los niños pobres, huérfanos, enfermos; lo que hacen por los ancianos inválidos, por las mujeres caídas, por la constitución de verdaderas familias en los hogares ilegítimos; ved cómo se multiplican diariamente esos esfuerzos, que la fe católica engendra y alienta, y cuántos elementos de pacificación introducen en las perturbadas relaciones de las modernas clases sociales. Muy útil es ese movimiento . . . . pero por sí solo no basta. Urge que la sociedad civil ó laica, que el individualismo incrédulo, que el Estado, acudan á la lucha juntamente, cuando no por razones piadosas, que alegarlas fuera tal vez ridículo para muchos, por los intereses comunes.”

Perdonad, Señores, tan largas citas; pero ¿con qué palabras mejor que con las suyas podría daros á conocer sus nobles y cristianos sentimientos? ¿Qué mejor modo de probaros que era un orador sin rival, que haciéndoos gustar largos trozos de esos discursos tan galanos, tan acabados, tan elocuentes, que escribió previamente, y revisó, y corrigió, y limó con escrupuloso cuidado, ajustándose á las severas leyes de Quintiliano y de Cicerón?

Y sin embargo, no era este su modo favorito de preparar sus discursos, y cuando se le presentó la ocasión, contradijo abiertamente á estos preceptistas romanos, oponiéndoles otras teorías, así como diariamente les contradecía en la práctica. Prefería, en efecto, “la improvi-

sación oratoria, más indispensable, más frecuente, más útil sin duda, en nuestras asambleas modernas que su rival, aunque por fuerza menos correcta y bien ordenada, más pobre en adornos y de menos efecto en la lectura." Comparaba al orador con el autor dramático que representa su propia obra, y explicando este principio añadía que "este género de drama consiste no en monólogos, sino en verdaderos diálogos del orador con su público, en que sólo se oye la voz articulada del primero, pero en el cual es indispensable que tome parte el otro, con sus mil voces interiores, las cuales de seguro contestan á quien sabe preguntar, ya con aprobación, ya con desaprobación, ya con entusiasmo, ya con cólera."<sup>1</sup>

Cuando dictaba estos preceptos, los había puesto en práctica hacía largos años. Era, en verdad, un grande improvisador, y un actor consumado. Á la lógica contundente, á la elegancia en el decir, á la prontitud en el responder, añadía esa gracia natural de la fértil Andalucía que lo vió nacer y, cuando convenía, salpicaba sus discursos con ese gracejo, esas sales, esos chistes y alusiones que tanto recomienda Cicerón, que hacían temblar de cólera á los contrarios, estremecerse de risa á los amigos, y que le aseguraban ese éxito inmediato, indispensable, según él, á todo orador.

Cuando se mostró como nunca improvisador inimitable y orador terriblemente elocuente, fué ¡ay! en su último lacónico discurso. Al sentirse herido por la bala homicida que le priva en un instante del conocimiento, tiene antes de caer la entereza para exclamar con voz sonora que vibrará á través de los siglos: ¡Viva España!

<sup>1</sup> Prólogo á los *Oradores Romanos* de Roda.

Esta breve frase, pronunciada en momento tan solemne, es más elocuente que todos los discursos con que en su larga carrera asombró á los doctos y á las multitudes en las Academias, en las Cortes, en las públicas Asambleas. ¿Quién podrá explicar con palabras esta fecunda exclamación? Viva España, la España cuyas pasadas glorias admiran al Orbe; la España que fundada en sus antiguas tradiciones y modificada conforme á los principios nuevos traídos por hechos inevitables, ha surgido después de la Restauración; la España resucitando fuerte y vigorosa cuando el mundo la juzgaba agonizante; el Imperio Español, formado de la madre con las hijas, libres todas, soberanas é independientes, pero unidas entre sí por vínculos tan fuertes que devuelvan á la raza española su antiguo predominio.

¿Es este el alcance del último discurso, del testamento político del mártir de Santa Águeda? Vamos á considerarlo brevemente, si me prestáis aún vuestra atención.

Este breve frase pronunciada en momento tan solemne es una elocuencia que todos los discursos con que en su larga carrera asombró á los doctos y á las multitudes en las Academias, en las Cortes, en las públicas Asambleas, Quén podrá explicar con palabras esta fecunda

## II

glosas sdmiran al Orbe la España que limada en sus antiguas tradiciones y modificada con los prin-

Hasta aquí, Señores, he dejado hablar al poeta, al historiador, al filósofo, al jurisconsulto, al orador, al cristiano, y he procurado, citando sus propias palabras, que se retrate á sí mismo, en estos altísimos caracteres. Mi tarea empieza á ser más difícil, pues tengo que entrar en el terreno, para mí desconocido, de la política, servirme de mis propias frases y comunicaros mis propias reflexiones. ¡Quiera el Señor inspirar mis palabras al tocar asunto tan escabroso!

Me he propuesto ponerlos delante de los ojos al lamentado Ministro de la augusta madre de Alfonso XIII, no como jefe de un partido, sino como representante genuino de España, de la raza española, del principio de autoridad. Me permitiréis, por tanto, que no os hable de sus primeros pasos como diputado, ni de su intervención en los acontecimientos de Vicálvaro, ni aun siquiera de la parte que tuvo en su calidad de encargado de negocios en Roma, en la preparación del concordato. Mucho menos trataré de investigar las simpatías ó antipatías que haya podido abrigar hacia la revolución de Septiembre, que derrocó la dinastía por él restaurada pocos años más tarde. Desde este momento empieza su verdadera grandeza, y es cuando os invito á admirarlo.

No llevéis á mal que hallándonos tan lejos del teatro de los acontecimientos, os recuerde la situación que guardaba España en la época de la Restauración. Ni la república, ni la monarquía revolucionaria habían podido darle la paz, ni mucho menos ponerla en la vía de progreso que algunos soñaron. Una gran parte de la nación se acogió, para acabar con aquéllas, á la bandera tradicionalista, ó legitimista, ó como queramos apellidar la causa de Don Carlos, y se encendió la guerra civil con todos sus horrores. Sostenía al último, como de costumbre, el elemento religioso, y le daba una fuerza que ningún otro partido alcanzaba, pero que, grande como era, no bastó para que lograra el triunfo definitivo. Era menester levantar un estandarte que conciliara todos los intereses y simbolizara todos los principios, desde la religión y la monarquía tradicional hasta las libertades republicanas, y este fué el que enarboló Don Antonio Cánovas del Castillo, poniéndolo en manos de Alfonso XII.

Para alcanzar la victoria, no bastaba que los que habían permanecido fieles á la dinastía venciesen en el campo de batalla; era indispensable ganar los corazones. Á los republicanos y á los monárquicos del Duque de Aosta los debeló la fuerza de los acontecimientos, y los atrajo la diplomacia. Restaba arrebatár á los Carlistas las armas materiales, y sobre todo las armas morales que parecían hacerlos invencibles. No olvidéis, Señores, que habían de pasar todavía varios años antes que León XIII<sup>1</sup> dirigiera á los Obispos españoles estas palabras: "Se ha de huir la equivocada opinión de los que mez-

<sup>1</sup> Encíclica *Cum Multa*.